

## UN DICIEMBRE CON JUBILADOS

ZAREK

Mi abuela fue maestra. También lo fueron sus padres (mis bisabuelos), y ahora ella, jubilada. vive de su pensión, que se ganó después de trabajar más de treinta años. Era el año 2015, cerca de Navidad, y accidentalmente fui testigo, a mis diez años de edad, de sucesos que cambiaron mi visión de las cosas; hechos que, al principio, me asustaron, pero que me enseñaron que todos, desde donde estemos, debemos ser sensibles ante cualquier forma de injusticia.

El 23 de diciembre de ese año, mi abuela había salido a las calles de Xalapa, junto con otros jubilados, a protestar porque ni su pensión ni su aguinaldo les habían sido pagados. La desesperación y el coraje se reflejaban en el rostro de cada una de estas personas, casi todos, adultos mayores,

Estaban apostados en la plaza "Lerdo" que está enfrente del Palacio de Gobierno de Xalapa; más de trescientos; con bastones, muletas, andaderas ...otros, del brazo de algún hijo. Insistían en que debían recibir su pensión porque, tras haber trabajado casi toda una vida, tenían derecho a una vejez digna, y a tener con qué comprar sus alimentos, sus medicinas. Además, así lo dice la Ley.

Personas entraban y salían del Palacio de Gobierno. Hombres y mujeres indiferentes, habituados, tal vez, a ver a gente reclamar en la plaza. Nadie salía a preguntar a los jubilados qué querían (lo que era, por demás, obvio); nadie les daba una respuesta; nadie -ahí, en la sede del poder- se conmovía. Los jubilados tomaron, entonces, una decisión: avanzaron despacio, de uno en uno, de dos en dos, de tres en tres, y se pararon en medio de la calle principal, bloqueando la circulación de automóviles. Momentos después, de pie junto a mi abuelita a la que acompañé por casualidad, pude escuchar que entre los jubilados comentaban que tenían ya la primera noticia, las primeras palabras que provenían de funcionarios del gobierno: "Que dicen que nos quitemos, que vendrá la policía".

Momentos después oí pisadas fuertes, el golpeteo de las botas que resonaron en el pavimento: "¡los policías!", gritaron los jubilados, casi a una voz. Eran como doscientos uniformados, con escudos, con toletes, con cascos, con armas de fuego que nunca antes

había visto más que en el cine...como si fueran a la guerra. Se pararon enfrente de los jubilados que bloqueaban la calle, y el que encabezaba a todos esos policías encaró a los ancianos: "¡retírense!", les gritó. Mi abuela me tomó fuerte de la mano, pero no se movió un centímetro. Un jubilado, al que le faltaba una pierna y usaba muletas, avanzó dos pasos más y les dijo a aquellos policías que no se iba a quitar, que protestaba porque su pensión no había llegado, que había dado su vida trabajando... les dijo que muchos de los que protestaban ahí habían sido profesores, quizás maestros de muchos de los policías que, ahora, los amenazaban con un tolete; que ellos también (los policías), algún día llegarían a la vejez, y querrían que les pagaran su pensión.

El policía les dijo que se movieran porque bloqueaban la circulación y ocasionaban molestias a los automovilistas.

En eso, ocurrió algo que no podré olvidar: detenido en su automóvil un taxista, cuyo paso fue bloqueado, se bajó de su vehículo, caminó hasta el policía, y le dijo, casi a gritos, "¡déjelos!, ¡no se atreva a tocarlos! Tienen derecho y razones para protestar. ¡A mí no me molestan!". El policía vio sorprendido a aquel hombre. No dijo más y dio un paso atrás.

"Eso -me explicó mi abuela- se llama SOLIDARIDAD".